

## CRISIS ECONÓMICA Y DE VALORES

### **CRISIS ECONÓMICA Y DE VALORES: OBSERVACIONES DE UN HISTORIADOR**

**Dr. D. Emilio DE DIEGO GARCÍA.**

Académico de Número de la Sección de Humanidades de la Real Academia de Doctores de España.

Cuando se plantearon en nuestra Academia las primeras reflexiones acerca de las actuales crisis, centradas en principio en los aspectos financieros, y ampliadas paulatinamente hacia el conjunto de la inflexión económica y sus efectos sociales, mi primera preocupación intelectual fue tratar de establecer las peculiaridades del fenómeno que nos amenazaba. Para un historiador, más allá de las diferencias de tipo cuantitativo, en lo referente al alcance del problema, y de algunos aspectos cualitativos de carácter técnico, cuyo análisis y evaluación corresponden a los economistas, se apreciaban dos referentes sustancialmente distintos de lo ocurrido en episodios anteriores: el espacio y el tiempo. Ambos factores condicionan, en buena medida, el impacto de la crisis y la amplitud de sus secuelas, en un escenario diferente, como decíamos, al de cualquier otra coyuntura histórica.

Por primera vez una dificultad como la que sufrimos alcanzaba prácticamente a todo el mundo, de forma inmediata. De este modo los caracteres del actual proceso crítico impedían la itinerancia geográfica y la diacronía, más o menos dilatada, seguida en otros acontecimientos de naturaleza similar. Por tanto, no había margen para aplicar tratamientos paliativos, de alcance

local, ni resultaba fácil el aislamiento de los focos descubiertos o aplazar el contagio.

Estas circunstancias han hecho necesaria una respuesta distinta también a las aplicadas en momentos precedentes y que, en líneas generales, se dirigía de modo prioritario, casi en exclusiva, a taponar las brechas abiertas en el edificio financiero mundial, procurando evitar su derrumbamiento. Si las aplicaciones neokeynesianas eran o no las más eficaces, o cabían otro tipo de estrategias, es un asunto de innegable trascendencia, pero, en todo caso, limitado; un remedio tan urgente como incompleto, porque a las nuevas magnitudes espacio-temporales se le añadían componentes espirituales, que mostraban la extraordinaria complejidad de lo que nos está sucediendo.

En principio, la “universalidad” y sobre todo la “presentización”, acaso esta última en mayor medida, pues nunca fue fácil pensar el presente, nos sitúan en una encrucijada especialmente difícil. Así pues, a mi parecer, el diagnóstico válido y eficaz, no sólo a corto plazo, de lo que ocurre en el terreno económico y social, sólo puede venir de un análisis construido sobre nuevos modelos teóricos y, en consecuencia, de la aplicación de una metodología igualmente novedosa. Ciertos elementos han perdido su valor apodíctico frente a las aporías del discurso lógico, necesario en la actualidad. Vemos cómo gran parte de los soportes del paradigma que informaba nuestra cosmovisión se tambalean, sin que acertemos a encontrar alternativas más válidas. Los cambios demográficos y culturales, aparejados a las crisis económica, nos enfrentan a un problema para cuya solución tal vez no dispongamos de los instrumentos óptimos, y acaso sea éste



## CRISIS ECONÓMICA Y DE VALORES

uno más de los obstáculos a salvar. En este terreno poco puede hacer el historiador, salvo advertir que la búsqueda de una hipotética “solución”, dirigida a reconstruir el sistema amenazado de quiebra, sería insuficiente, aún en el caso de que pudiera producir algún efecto positivo, conforme a los presupuestos “tradicionales”, en cualquiera de sus vertientes.

Paralelamente a la eclosión de ciertas contradicciones del capitalismo, hemos llegado a instalarnos en la paradoja más preocupante; aquella que deriva del relativismo, con tendencias absolutas, según el cual, en última instancia, todo vendría a ser lo mismo, pero, simultáneamente, experimentamos lo contrario. La mala gestión, el desorden espiritual, la corrupción, la trasgresión de las normas, la perversión del modelo democrático, ... generan efectos indeseables y perniciosos, individuales y sociales. La tentación de que todo es, o, al menos, da igual conduce a un pesimismo inmovilizador, a la desconfianza general, al egoísmo en su peor sentido. Actitudes que acrecientan las secuelas negativas que nos acechan, han dado pie a una evidente tensión, la cual, por otra parte, no ha encontrado aún el cauce adecuado para su expresión y sólo últimamente empieza a manifestarse, de modo espasmódico e imprevisible, en sus consecuencias.

La falta de expectativas, la desorientación dominante, impulsa un discurso en parte conformista, por el momento. “Sabemos” que viviremos peor que nuestros padres, repiten muchos jóvenes de la generación más duramente golpeada por la crisis. Pero no encuentran asideros que les permitan avanzar hasta un horizonte que “garantice” siquiera esa perspectiva vital. La conclusión más clara es que esta generación,

formada en destrezas y aptitudes, es decir profesionalmente mejor que nunca, no encuentra el objetivo para el que se había preparado. Dirigida a un puerto que han hecho desaparecer los mismos que habían confeccionado el libro de ruta a seguir, esos jóvenes son incapaces, en muchos casos, de encontrar alternativas. Por ello tal vez habría que aceptar que estamos ante un gravísimo fracaso educativo, que va más allá de los resultados escolares.

Ante el panorama en que nos encontramos se perfilan dos tipos de actitudes. Una que propugna la recuperación económica en el marco precedente, entendiendo que, y a partir de ahí, vendría un nuevo ciclo de “felicidad”. La otra considera inviable una simple “operación cosmética” para recuperar el sistema que ahora muestra sus carencias. Esta última, en su versión más radical, proyecta un catastrofismo difícilmente asumible, aunque intente encubrir sus proposiciones con el manto de la “solidaridad” y de la “posibilidad contingente”, frente a la “imposibilidad” del crecimiento permanente. Términos como “progreso” y “desarrollo”, otrora ilusionantes, se condenan sin paliativos. No cabe duda que el clima de “angustia” que nos rodea resulta proclive para el enunciado de soluciones “utópicas”, de todo signo, que tampoco faltan.

Seguramente resultará negativo un simple ajuste, dictado por la “ortodoxia” económica, aún cuando a corto plazo represente la “solución” que se ofrece como menos arriesgada, por cuanto supone la aceptación de contradicciones indeseables. La puesta en marcha de un modelo esencialmente distinto, además de los inconvenientes derivados de la ruptura de su hipotética implantación, tampoco

## CRISIS ECONÓMICA Y DE VALORES

parece conjugar los anhelos de libertad y felicidad humanos.

Será preciso acertar con el orden y los ritmos de las medidas a adoptar para la superación de la crisis material y moral. Importa mucho la secuenciación adecuada a la recuperación de la confianza y el optimismo. Creación de riqueza, en primer lugar; pero, de modo simultáneo, aunque los resultados se produzcan a plazo más largo, educación, que no es sólo preparación profesional, adaptada a los retos del siglo XXI. Habrá que formar hombres y mujeres preparados para enfrentarse, cuyo espacio vital, de ámbito planetario, que nada tiene que ver con el microcosmos local del siglo XIX, pero tampoco con el marco nacional del novecientos. Las nuevas relaciones de todo tipo, las continuidades y discontinuidades en cualquiera de los procesos, incluso los afectivos, deben tenerse en cuenta para dotar al ser humano de los recursos lógicos y emocionales que le sirvan para superar los problemas inducidos por una crisis financiera, como la actual, que quizás no haya sido más que el primer síntoma de la verdadera crisis que atravesamos.

La falta de certezas teóricas y de sus correspondientes seguridades personales y colectivas, nos obliga a un esfuerzo de profunda reconstrucción de los proyectos de convivencia hacia el futuro inmediato, aprovechando lo que la experiencia ha validado como más útil, e introduciendo los cambios imprescindibles para corregir las disfunciones detectadas. Tenemos la información histórica que nos permite afirmar que las mayores crisis representan, a la vez, las más grandes oportunidades, y la constatación de que en cada una de las ocasiones se ha logrado hallar una salida positiva.

En este sentido, no cabe duda de la enormidad de la actual inflexión, si atendemos a su coste en términos de empobrecimiento material y moral; con una tasa insoportable, la frustración y la marginación prioritariamente de lo que, paradójicamente, denominamos “la generación mejor preparada de nuestra historia”. Compensar el oneroso precio ya pagado, y el que aún tendremos que abonar, exige una réplica en consonancia. Un esfuerzo del que todos hemos de participar y cuya dirección corresponde, en primer término, a los responsables de las instituciones políticas, económicas y sociales de todo tipo.

Gobernar durante los próximos años será más que nunca un arte, y para evitar que cree monstruos, como los producidos en las alucinaciones goyescas, hará falta un ejercicio acabado de pedagogía política. Un esfuerzo extraordinario de comunicación transparente que ponga de manifiesto la verdad que los ciudadanos tienen que conocer para asumir el sacrificio que, sin duda, falta por desarrollar. Debemos llegar al fin de la política como demagogia, factor clave en la evolución de la crisis de nuestros días. Habrá que afrontar los retos con decisión, para reconstruir las instituciones prácticamente liquidadas durante los últimos años. Aunar esfuerzos para llegar a la meta común. Ha pasado el momento de la política como ejercicio de corrupción, ha llegado la hora de los valientes.